

MIRAVET, UN CASTILLO TRADICIONALISTA

Por JOSÉ SANZ Y DÍAZ

En un profundo remanso que forma el Ebro, para después precipitarse en vertiginosa rapidez, levántase majestuoso, cual guardián de tétrica mirada y rostro severo, el castillo de Miravet.

Su origen se pierde en las nebulosidades de la Historia patria. Los pergaminos conservados en los archivos, relativos a este castillo, aparecen mutilados por manos impías, o bien apolillados y destrozados por entretenidos ratones que se han aprovechado de su ranciedad para saciar su apetito, encontrando en aquellos documentos sabroso manjar, y así han desaparecido los privilegios otorgados por los reyes a dicho castillo, como los cantos heroicos de sus valientes guerreros, honra y gloria de España.

Reconstruido por los Templarios después de la conquista de Miravet por Berenguer IV, lo consideraron como una de sus residencias principales, enamorados de su magnífica situación sobre montañas graníticas y áridas, muy parecidas a las que tuvieron en Palestina.

¡Qué impresión no producen sus fuertes y gruesos muros. todos de sillería, sus altos ventanales, sus gárgolas de figuras simbólicas y ridículas, su famosa escalera de caracol y, sobre todo, su sobria y elegante capilla de orden románico! Allí está la célebre Plaza de la Sangre, de terrible tradición, y todavía se enseña al visitante el calabozo donde estuvo encerrado el Príncipe de Viana, y en donde el médico judío le dió el brebaje que había de ocasionarle la muerte.

Los valientes defensores de la religión, los que fueron nuestros antecesores en los campos de batalla, reedificaron este famoso castillo, cuyos altos torreones parecen, al que los mira desde el río, confundirse con las nubes, resistiendo impávidos las injurias del tiempo y de los hombres.

A su amparo y protección se refugiaron los nuevos cruzados del sublime y bello ideal tradicionalista para defenderse de los que, llamándose liberales, eran los asesinos de la libertad.

Tal vez quedase en aquel castillo algo inexplicable de los Templarios. tal vez creyésemos, a no tener arraigadas en nuestro corazón las sanas doctrinas del catolicismo, que el alma de aquellos antiguos guerreros, por una serie sucesiva de transmigraciones, habría pasado a encarnarse entre las gruesas paredes del solitario castillo.

Todo él respira misticismo religioso, todo él es símbolo de las glorias religiosas, y cuando el visitante penetra en su ancho patio o anda a través de sus largos corredores, espera ver apa-